

Fue una de las gracias grandes que el Señor me concedió en mis años jóvenes, cuando el corazón es tan moldeable, haber vivido a la luz clara y ardiente de la intimidad de Enrique que a su vez, vivía en la intimidad de Cristo, que lo exaltaba ya con su amistad venturosa, invitándolo a compartir estrechamente Su vida, “en la que de rico se había hecho pobre por los hombres a fin de enriquecerlos con su pobreza” (Cf. 2ª Cor. 8,9).

Porque, mis queridos amigos y amigos aún más queridos de Enrique, este fue el rasgo definitorio de la personalidad excepcional de Enrique: ¡seguir y muy de cerca a Cristo! De ello tuve el privilegio de ser muy cercano testigo.

Fiel a esta vocación evangélica por Enrique encarnada en todas las vertientes de su conducta, consagró sus talentos y sus recursos y sobre todo su capacidad de amar a construir una sociedad, en cuanto de él dependía, que no estuviera dominada por el prestigio, el egoísmo y el lucro, sino animada por la preocupación de distribución, de entrega y de servicio.

Si viviera hoy, estoy cierto, que pondría toda su imaginación y tenacidad en el empeño de arbitrar las formas políticas, jurídicas y sociales adecuadas a un proyecto de vida verdaderamente humano y trataría de movilizar el valor de todos los responsables para hacerles participar en esta obra hoy, como nunca urgente, de regeneración social, en la que cada hombre sea amado y ayudado como lo amaría y ayudaría el mismo Cristo, salvadas las inevitables distancias.